

LA REVOLUCIÓN COMUNISTA EN IRLANDA

--- ACLARACIÓN ---

Los dos textos siguientes los escribieron unos camaradas en la primavera del '72, y fueron integrados en el nº 311 de la revista *Les Temps Modernes*, fechado en junio del '72, pero que apareció, *de hecho*, a principios de agosto.

Ese número especial sobre Irlanda estuvo rodeado de ciertos «acontecimientos» que justifican, en parte, la reedición de estos textos en facsímil, lo cual requiere una explicación.

Les Temps Modernes es conocida por ser —y seguir siendo, a través de sus sucesivas mutaciones— una revista republicana, democrática, patrioter y humanista: en definitiva, por no tener relación alguna con la revolución comunista, sino más bien por confundirse, desde siempre y sin duda alguna, con la contrarrevolución capitalista. ¿Cómo pudieron aparecer en esta revista unos textos que expresan teóricamente el comunismo, ya sea de forma negativa —denunciando la contrarrevolución en Irlanda—, o de forma positiva, afirmando la potencialidad comunista de las luchas que allí se han desarrollado?

Jean-Pierre Carasso, autor de *La rumeur irlandaise** (Champ Libre, 1970), recibió el encargo de coordinar, junto con otras personas, ese número especial cuya actualidad justificaba su publicación a ojos de la dirección de *Les Temps Modernes*.

La extrema elasticidad para seguir el paso de la moda de la que viene haciendo gala *Les Temps Modernes* desde hace unos años dio a Carasso y consortes la posibilidad de incluir textos ajenos a las inmundicias que habitualmente inundan esas páginas.

Por otro lado, esa inclusión respondía también, *en parte*, a la escasez de medios de que disponemos para publicar *por nuestra cuenta* todos los textos del movimiento comunista que se *multiplican* en la época actual.

Ahora bien, si esta revista constituía «un soporte utilizable al fin y al cabo...» (*cfr.* carta al final del folleto), *ella misma* utilizó esos textos subordinando su publicación a sus propios imperativos, de los cuales Carasso no podía (o no pudo) deshacerse. Así pues, ese número resultó ser una amalgama de artículos distintos y opuestos que pretendían reflejar objetivamente la situación irlandesa en toda su complejidad (¡hasta incluía una entrevista hecha a un pastor!). Se trataba de una preocupación típicamente democrática, y por tanto opuesta a la afirmación comunista de los textos aquí reproducidos.

El de Bériou, por ejemplo, da cuenta por sí solo de la contradictoria complejidad del movimiento social irlandés sin abandonar el punto de vista revolucionario, integrando dicha complejidad en ese punto de vista. Ese democratismo demostraba que la elasticidad de *Les Temps Modernes*, como la del Capital, no constituye una simple falla de su sistema, sino que es, además, *y por encima de todo*, una «trampa» que se cierra tras haber absorbido los elementos críticos que le insuflan vida nueva. *Les Temps Modernes* se modela a sí misma a imagen del capitalismo contemporáneo, como una fuerza de inercia que no por ello carece de dinámica propia!

En la práctica, la «trampa» funcionó sucesivamente como sigue:

* Libro traducido al castellano por Alejandro Licon y publicado por Siglo XXI editores en 1972. [N. del t.]

1. El número de junio salió en agosto, mes en el que la difusión, como es bien sabido, es muy escasa, por no decir inexistente. Que esta salida tardía haya sido accidental, según afirman algunos (pues al parecer la dirección de *Les Temps Modernes* aún no conocía el contenido del número), no hace sino confirmar lo que venimos diciendo: existen accidentes evitables y otros sobre los que no se puede ejercer control alguno, como es el caso de una difusión que escapa a los autores y responsables de los textos.

2. Las librerías izquierdistas, evidentemente, marginaron muy rápidamente este número, dado que una parte de su contenido arremetía contra su ideología. Esto no puede evitarse con ninguna otra forma de publicación actual, pero una publicación autónoma, al menos, habría podido dirigir su difusión hacia otros puntos; los míseros cinco ejemplares que recibió cada redactor no permitían difusión alguna.

3. La estupidez y la guarrería de *Les Temps Modernes* son lo suficientemente conocidas como para que sólo tenga como lectores habituales a gente sin interés («la intelectualidad»), y para que los demás generalmente no la lean.

Si bien «había perlas escondidas en el estiércol» (carta citada), ¡el estiércol era lo bastante abundante como para disimular eficazmente las perlas! Incluso «dándolo a conocer por los canales que nos son propios» (ídem), para que estos textos llegaran al final de dichos canales habría sido necesario que se llevara a cabo la difusión; y por las razones expuestas, no se efectuó. Al final, *muy poca* gente, sobre todo en provincias y en el extranjero, pudo hacerse con este número de *Les Temps Modernes*.

4. Tanto más cuanto que la «dirección», tras constatar por fin —o comprender— la naturaleza de los textos que avalaba, no podía difundirlos demasiado; hay insultos contra uno mismo que no conviene divulgar ampliamente aun siendo puta del más alto nivel. Así que interrumpió la difusión, o *al menos* la ralentizó, mientras preparaba su famosa *pequeña rectificación*, para publicarlo más adelante (véase al final del folleto).

5. Como consecuencia de ello supimos, al tiempo que aparecía el anuncio de aclaración, que un stock importante de este número estaba almacenado en un lugar secreto (sic), conocido por una secretaria de la revista, ¡a la espera de ser destruido! Se habló incluso de *dos mil ejemplares* (!), sin que nadie lograra establecer la cifra exacta.

6. La mayoría de los distintos redactores y responsables del número se reunieron tras conocer el desacuerdo que la dirección de *Les Temps Modernes* había expresado públicamente con el artículo de J.-Y. Bériou. Las dos cartas que cierran el presente folleto siguieron a esta reunión.

Algunos redactores se negaron a firmar la carta común dirigida a *Les Temps Modernes* y a otros no logramos localizarlos; la mayoría la firmó, ¡pero saltaba a la vista que varios lo habían hecho a regañadientes!

Por último, mientras algunas personas ajenas al número manifestaron su voluntad de agotar las existencias de *Les Temps Modernes* (cosa cuyo interés se nos escapa), nadie consideró *seriamente* apoderarse —en caso necesario por la fuerza— del stock de ejemplares arrinconado!

7. Nosotros mismos, ajenos a este asunto, sentimos entonces la necesidad y manifestamos el deseo de volver a difundir los textos. Se presentaban dos posibilidades:

O bien apoderarse del stock, cosa que tenía la ventaja de poder realizar una difusión *gratuita y más amplia* (tanto más cuanto que algunos textos de este número que no podemos reproducir aquí tienen un *interés indiscutible* por su

excelente documentación —*cfr.* más adelante—), y el inconveniente de conservar la misma amalgama ambigua de textos.

Contactamos, *indirectamente*, con el (los) responsable(s) del número, a los que conocía la famosa secretaria de *Les Temps Modernes*, que a su vez sabía dónde... Y tras mucho regatear hubo que constatar una cierta desafección ante las tareas elementales de reapropiación. Dado que parecía que los contactos iban a tener que proseguir indefinidamente y que el tiempo así perdido era ya demasiado, decidimos poner en práctica la segunda posibilidad: reproducir los dos textos que siguen.

Obligados a ello, afirmamos el cese de toda ambigüedad sobre la coexistencia de estos textos con otros *que les son opuestos*, y sobre la coexistencia misma de personas cuya oposición *debe* expresarse, so pena de contemporizar con un «compadreo» democrático del que la infame *Les Temps Modernes* se ha hecho la plasmación material. Afirmamos personalmente no sentirnos en modo alguno cercanos a J. Quigley ni a su combate actual en el seno de la People's Democracy, cuyas posiciones, alineadas con las del IRA, son abiertamente nacionalistas y contrarrevolucionarias. No se trata de una cuestión de individuos: no conocemos a J. Quigley, y sólo el comunismo, la comunidad humana (re)constituida, puede permitir a individuos *internacionalmente atomizados por el Capital* reencontrarse *realmente* en su seno de otro modo que mediante vagas simpatías «políticas» inmediatas o pasadas mantenidas al precio de compromisos que, a nuestro juicio, idelatan una cierta falta de deseo de vivir!

Otro texto de este número de *Les Temps Modernes* habría merecido ser difundido de nuevo junto con estos: «La People's Democracy» de Jean François LEVY, que está muy bien documentado y da cuenta con bastante precisión de cómo ha evolucionado la «People's» desde el '69, aunque el autor apenas vaya más allá de la descripción «objetiva» de esa evolución, no llegue a sacar las conclusiones lógicas sobre la naturaleza de la People's y de la democracia en general, e incluso haga (re)aparecer, en su propia conclusión, «cierta simpatía por la izquierda irlandesa».

Pero este texto tiene casi 40 páginas, y añadidas a las 58 de los dos presentes, no podíamos asumirlo materialmente.

Los textos que reproducimos datan, pues, de hace un año. Sin embargo, siguen siendo actuales. El carácter «insoluble» (en el marco nacional) de la cuestión irlandesa no ha hecho sino intensificarse desde entonces. Al exhibir abiertamente sus soluciones reformistas, al reivindicar su lugar en torno a la mesa redonda de los «devoradores de proletarios irlandeses», al iniciar un diálogo con el Estado británico, el IRA se ha revelado aún más visiblemente como *una fuerza del capital* que busca ser reconocida como tal. Su violencia subsiste, no obstante, pero de forma paralela a su «democratización» política, adopta una forma cada vez más clandestina. No puede ceñirse indefinidamente y de manera muy estrecha a la condición proletaria de los católicos irlandeses, ni siquiera para defender sus intereses inmediatos, pues esos intereses inmediatos son *también* lo que está en juego en la lucha de clases en el Úlster, la cual no puede resumirse en una lucha *política y militar* contra «el imperialismo británico»: los proletarios católicos irlandeses se ven forzados a ser más proletarios que católicos e irlandeses.

En los dos textos siguientes probablemente no se haya insistido lo suficiente en *la naturaleza y la función* de la violencia del IRA, frente a la función de la violencia revolucionaria; pueden observarse, además, otras carencias.

En cualquier caso, estos textos reclaman otros que no deberían tardar en desarrollar y profundizar su aportación esencial. Son el primer punto de vista comunista manifestado en la lucha a la vez trágica y llena de promesas que desde hace cuatro años se desarrolla en Irlanda.

Todo desarrollo teórico posterior debería implicar un intento —forzosamente limitado— de difusión en los propios lugares del combate (¹), así como una mayor difusión en su «periferia», es decir, en los demás países británicos. Es lo que vamos a comenzar a emprender —al menos para estos últimos países— con la presente publicación.

Para concluir, agradecemos, en suma, a la dirección de *Les Temps Modernes* el haber forzado, con su imbecilidad, y que hayan permitido así, con menos trabajo, la aparición de este folleto, cuya responsabilidad asumimos completamente. ¡Que reciba, evidentemente, este agradecimiento como un escupitajo!

A. AJAX
J. CICERO
Junio de 1973

¹ Sin embargo, el número de *Les Temps Modernes* tuvo cierta difusión en Inglaterra y, según se dice, incluso en la propia Irlanda. Al parecer, se habrían traducido algunos artículos. Y, siempre según se dice, algunos de los autores de los textos no habrían salido bien parados de haber caído en las garras del IRA, al que habría enfurecido!

LA CONTRARREVOLUCIÓN IRLANDESA

«El rico siempre traiciona al pobre.»

— *Henry Joy McCracken*

Al debilitar el imperio colonial inglés, la revolución nacional de América del Norte (1776-1783) benefició al joven movimiento de emancipación nacional irlandés. Al igual que en Estados Unidos, los colonos se rebelaban contra la metrópoli, y todas las clases de la sociedad irlandesa entraban en revolución contra los terratenientes ingleses, cuya lealtad al Estado británico era indispensable para la perpetuación de las estructuras coloniales de las que obtenían beneficio. Derrotada en Yorktown¹, Inglaterra se vio obligada a hacer concesiones para evitar que Irlanda, siguiendo el ejemplo americano, se separara a su vez. En 1783, Dublín obtuvo la autonomía parlamentaria dentro del Reino británico. Esta autonomía² permitió crear las condiciones para un despegue capitalista, tanto más peligroso para Inglaterra cuanto que, en los albores de su revolución industrial, contaba con apenas el doble de población (ocho millones frente a cuatro millones y medio en Irlanda). Un gran peligro amenazaba entonces al viejo mundo: en París, se había tomado la Bastilla. El monopolio comercial inglés corría el riesgo de verse quebrado por la burguesía continental, que acababa de dotarse de los medios para su desarrollo económico y social, en particular al incorporar Bélgica dentro de la nación francesa. Desde Amberes, el ejército francés amenazaba directamente el estuario del Támesis, es decir, Londres. Salvada por el levantamiento polaco de 1794, la joven República francesa buscó, para hacer frente a la coalición reaccionaria de Inglaterra y las monarquías del Antiguo Régimen continental, el apoyo del movimiento republicano irlandés, que ya reclamaba la independencia total. Para restarle posibilidades de éxito a una insurrección republicana armada, Inglaterra organizó al Antiguo Régimen local —los colonos y grandes propietarios— en la Orden de Orange, fundada en 1795. Esencialmente anglicana, esta milicia desarmó al Úlster presbiteriano, centro del movimiento revolucionario en 1797. De este modo logró neutralizar la insurrección de 1798 en el sur, que fracasó además por razones tácticas: el ejército francés al mando de Hoche no pudo desembarcar. Irlanda alcanzó entonces el apogeo de su papel internacional y no lo recuperaría nunca más. Su período nacional-progresista concluyó definitivamente. Su derrota fue el preludio del triunfo momentáneo de la reacción monárquica —la Santa Alianza europea— y marcó el inicio del dominio del capitalismo moderno en Inglaterra.

Irlanda perdió, frente a Inglaterra, la autonomía política que le había permitido establecer barreras proteccionistas³, prerequisite indispensable para

¹ Capitulación británica ante los insurrectos norteamericanos en 1783.

² Los católicos obtuvieron los mismos derechos que los protestantes. Esta igualdad cívica permitió los comienzos de la nación irlandesa.

³ La Ley Foster prohibió la importación de trigo extranjero, lo que convirtió al país en una tierra de cultivos. Se aplicaban aranceles aduaneros a diversos artículos. Con el Acta de Unión, las fábricas desaparecieron.

un despegue industrial. El Acta de Unión de 1801 arruinó este desarrollo incipiente, del mismo modo que la victoria inglesa sobre el Imperio napoleónico aseguró a la industria y al comercio británicos el monopolio mundial, retrasando varias décadas la industrialización del continente —sometido por la Santa Alianza—, especialmente al separar Francia de Bélgica. Irlanda quedó reducida a abastecer de cereales a una Inglaterra deficitaria⁴; los pocos brotes de industria fueron aniquilados por el libre comercio⁵.

La legislación sobre los cereales (1815) prolongó artificialmente, tras el levantamiento del bloqueo, la escasez relativa de estos productos en beneficio de los terratenientes, que controlaban el poder político. Esta situación privilegiada llevó a la aristocracia inglesa —dueña de las tierras irlandesas— a practicar una agricultura especulativa, que provocó el hambre de la población y arruinó los suelos, pues la renta⁶ no se reinvertía en su mantenimiento. «Con la derogación de las leyes cerealeras en 1846 —escriben Marx y Engels— se puso término súbitamente a este monopolio.» La enfermedad de la patata había trastornado el sistema: un millón de personas murieron de inanición y la nueva ola de emigración ocasionada por el hambre se llevó a otro millón. La población de la isla cayó de ocho a menos de seis millones. La mayoría de los emigrantes —pequeños arrendatarios y jornaleros— partieron hacia Estados Unidos o hacia los grandes centros manufactureros ingleses. «La emigración se convierte en una de las ramas más rentables de su industria de exportación.» El hambre y la miseria actuaron como agentes de la despoblación y de la revolución agrícola. Esta última, al transformar las tierras de cultivo en pastos, introducir maquinaria y racionalizar el trabajo, hizo de la sobrepoblación un problema endémico y convirtió al país en proveedor de carne y lana para Inglaterra. Los precios de estos productos aumentaban a medida que los del trigo disminuían: «a medida que disminuye la población irlandesa, crecen las rentas de la tierra en Irlanda».

Este fenómeno alentó a los terratenientes y a sus intermediarios administradores a proceder al *clearing of the estates*, es decir, a la expulsión —a menudo mediante la fuerza armada— de los antiguos arrendatarios⁷. La sistematización de estas prácticas provocó crímenes agrarios y la formación de una organización revolucionaria: los fenianos (*Fenians*). En el apogeo de su poder, hacia 1865-67, extendió sus actividades a Inglaterra, provocando una ola de represión y el apoyo de la Primera Internacional. Marx hizo todo lo posible por favorecer ese respaldo, pues consideraba que ese «fenianismo, caracterizado por una tendencia socialista (en sentido negativo, dirigido contra la expropiación de

⁴ Promedios anuales de las exportaciones de cereales a Inglaterra: 1801-1804, 300 000 cuartos; 1820: más de un millón de cuartos; 1834, 2,5 millones de cuartos.

⁵ Entre otras, las fábricas algodoneras de Dublín, que empleaban a más de catorce mil obreros.

⁶ Que se nos entienda bien: «En Irlanda, la renta aún no existe, aunque el arrendamiento ha alcanzado un desarrollo extremo. La renta, que es el excedente no sólo del salario, sino también del beneficio industrial, no puede existir allí donde los ingresos del propietario son sólo una deducción del salario.» Lo que los terratenientes llamaban renta de la tierra no era más que una deducción del salario, por lo que, según se leía en un documento oficial inglés, «el campesino irlandés es el peor alimentado, el peor alojado y el peor vestido de toda Europa; no tiene reservas ni capital; vive al día». Conociendo la naturaleza precapitalista de la renta irlandesa, podemos seguir utilizando este término sin ambigüedades. Las citas no especificadas están extraídas de los textos de Karl Marx sobre Irlanda publicados por J.-P. Carasso en *La rumeur irlandaise* (ed. Champ Libre, París, 1970) y de las obras de Karl Marx en la colección La Pléiade (N.R.F.).

⁷ Una ley permitió la subasta de las tierras de los terratenientes endeudados. Estas adquisiciones provocaron la desaparición de 120.000 arrendamientos agrícolas y la concentración de tierras en manos de capitalistas ingleses y antiguos agricultores intermedios.

la tierra) y por el hecho de que es un movimiento de las clases inferiores», debía recibir el apoyo de la fracción más lúcida del proletariado inglés. Ese apoyo permitiría que se produjera «el golpe decisivo contra las clases dominantes inglesas (y será decisivo para el movimiento obrero del mundo)», ya que «no puede ejecutarse en Inglaterra, sino solamente en Irlanda», al ser ésta «el baluarte de la aristocracia terrateniente inglesa» y «el gran medio por el cual la aristocracia inglesa mantiene su dominación en la propia Inglaterra». «Con respecto a la burguesía inglesa —añadía—, comparte con la aristocracia inglesa el interés por transformar a Irlanda en un mero país de praderas que suministre al mercado inglés carne y lana al precio más bajo posible». Pero, sobre todo, «debido a la progresiva concentración de las fincas arrendadas, Irlanda suministra continuamente su excedente al mercado de trabajo inglés, reduciendo así los salarios y empeorando la situación material y moral de la clase obrera inglesa (...) Este antagonismo [entre el obrero inglés y el irlandés] es el secreto por el cual la clase capitalista conserva el poder.»

«La caída de la aristocracia inglesa en Irlanda condiciona y tiene como consecuencia necesaria su caída en Inglaterra, con lo cual se había cumplido con la condición previa para la revolución proletaria en Inglaterra (...). La única manera de acelerar su advenimiento es hacer a Irlanda independiente», dentro de una «federación libre e igualitaria con Gran Bretaña». Las condiciones serían:

1. Gobierno autónomo e independiente de Inglaterra.
2. Revolución agraria. Los ingleses no pueden hacérsela ni con la mejor buena voluntad que tuvieran⁸, pero pueden darles los medios legales para que la hagan por sí mismos.
3. Aranceles proteccionistas frente a Inglaterra.

Esto permitiría poner fin al mantenimiento de «un gran ejército permanente que, en caso de necesidad —como ya se ha mostrado—, lanza sobre los trabajadores ingleses». Para Marx, estas medidas eran indispensables, pues aunque «durante mucho tiempo creí que era posible derribar al régimen irlandés mediante el ascenso de la clase obrera inglesa (...). Un estudio más profundo me ha convencido de lo contrario. La clase obrera inglesa no conseguirá nada hasta que no se haya librado de Irlanda. Hay que poner la palanca en Irlanda. Por eso la cuestión irlandesa es tan importante para el movimiento social en general».

A partir de entonces, el problema irlandés fue abordado —las pocas veces que lo fue— conforme a estas últimas conclusiones de Marx, es decir, en función de su interés para el movimiento social mundial. Sin embargo, la larga depresión iniciada en 1873 provocó, dos años después, una crisis agrícola general que se prolongó hasta la Primera Guerra Mundial (con una breve interrupción entre 1884 y 1893). Irlanda perdió entonces la importancia que Marx le había atribuido dentro del movimiento obrero. La importación de trigo desde Rusia, América del Norte y Argentina redujo al mínimo su cultivo en Gran Bretaña e Irlanda. Los altos rendimientos de esos suelos vírgenes llevaban al abandono de los terrenos más pobres, y el precio del trigo continuaba bajando. La reconversión de Irlanda en pastos para la ganadería fue sólo un respiro momentáneo para la aristocracia terrateniente. El progreso de los transportes y de la refrigeración permitió

⁸ Porque Marx, al igual que en 1853, consideraba que «aún débil para revolucionar [esas condiciones sociales], el pueblo apeló al Parlamento, pidiendo al menos que se moderaran y regularan».

importar carne desde Argentina, Estados Unidos, Australia, etc. Los rebaños de ovejas de Australia y Nueva Zelanda abastecían de lana a la industria inglesa. Así, la expansión del imperio colonial británico y las importaciones de los países nuevos depreciaron la ganadería bovina y ovina irlandesa. Irlanda arrastró en su ruina a la propia aristocracia inglesa. En Gran Bretaña, el monto de los arrendamientos agrícolas se redujo a la mitad entre 1875 y 1901, y todavía más en Irlanda, donde los precios se desplomaron. El del trigo cayó un 61 % entre 1873 y 1894; y como la renta de la ganadería estaba indexada al precio del trigo, el de la carne descendió en proporción. Esta caída general de los precios agrícolas explica la negativa de la burguesía inglesa a abandonar el libre comercio, incluso cuando los demás grandes países industriales lo fueron abandonando, uno tras otro, a partir de 1880.

Esta contracción del sector agrícola permitió eliminar a la aristocracia inglesa del poder político. Marx había entrevisto —y *deseado*— este desenlace hacia 1875, mientras reunía materiales para el tercer libro de *El Capital*:

«Una parte del suelo de Europa quedó definitivamente fuera de competencia para el cultivo de granos, las rentas se abatieron en todas partes (...) De ahí las lamentaciones de los agricultores (...) *Afortunadamente* (el subrayado es nuestro), aún se está muy lejos de haber iniciado el cultivo de todas las llanuras; quedan suficientes como para arruinar a la gran propiedad europea entera, y por añadidura a la pequeña.⁹»

Arruinada, la aristocracia inglesa de Irlanda cedió el poder político a la burguesía industrial y comercial mediante una serie de reformas electorales. La de 1884-1885, que incorporó al electorado a la pequeña burguesía y a una franja del proletariado, inauguró este período que culminó con la limitación del poder de la Cámara de los Lores en 1911. Inglaterra entraba así en la fase de dominación real del capital.¹⁰ Como Marx había previsto/deseado en 1870, la aristocracia se hundía junto con la ruina de la agricultura irlandesa, pero el proletariado no se interpuso para disputar a la burguesía la toma del poder. En parte, esto se explica por la naturaleza del período 1871-1914: la depresión económica, la caída de los precios agrícolas y la conquista de vastos imperios coloniales a partir de 1873-1875 beneficiaron al proletariado, cuya actitud se resumía entonces en una fórmula: el reformismo. Contra la aristocracia y el campesinado, la burguesía no tuvo mejor aliado que la clase obrera.

Los dos términos de la alternativa sucesivamente defendidos por Marx —o que la revolución proletaria en Inglaterra resolvería la cuestión irlandesa, o bien que la resolución de ésta permitiría la revolución— fueron perdiendo progresivamente peso a medida que el epicentro de una eventual revolución proletaria se desplazaba de Inglaterra a Alemania.

⁹ La posibilidad de un socialismo construido por los obreros y los pequeños campesinos no parece haber seducido mucho a Marx. Su odio por el montón de estiércol, el gallinero y los paletos le habría predisposto a analizar la historia de la república irlandesa y a apreciar, en su justo valor, a la izquierda irlandesa.

¹⁰ La fase de dominación *real* se opone a la fase anterior de dominación *formal*; esta última se caracteriza por la existencia de una distancia entre la burguesía, como clase con intereses particulares e inmediatos, y el Estado, representante del interés general. Esta dominación limitada, y por lo tanto formal, sólo le permitiría extraer una plusvalía absoluta. (alargamiento de la jornada laboral, reducción del salario mínimo vital, etc.), ya que no alteraba el modo de producción anterior. La presión del mercado, del Estado y de la clase obrera la obliga a revolucionar el modo de producción. El aumento de la productividad rápida hace que la fuerza de trabajo deje de ser el único medio para aumentar la masa de plusvalía. Sus necesidades le llevan entonces a tomar las riendas del Estado y del interés general: es la fase de dominación *real*.

Existe una analogía entre la situación estratégica de Irlanda respecto a Inglaterra y la que ocupará más tarde Rusia respecto a Alemania, cuando esta haya sucedido a Inglaterra como bastión del capitalismo. Cuando en 1916, un año antes que los rusos, los irlandeses se sublevaran, su tentativa revolucionaria no afectará en absoluto al bloque de los Aliados.

La cuestión de la independencia irlandesa sólo se planteó, para Marx y la Primera Internacional, en el marco de una estrategia obrera mundial, y únicamente durante el período que va de 1865 a 1871. Tras la derrota de la Comuna, los socialistas continuaron, sin embargo, confundiendo socialismo y nacionalismo irlandés, incluso cuando Inglaterra había perdido ya su posición estratégica decisiva. Pero si Rusia, tras la última derrota proletaria de 1923 en Alemania, tuvo una oportunidad —gracias a sus recursos humanos y materiales y a las tradiciones de servidumbre de su población campesina— dentro de la carrera hacia un desarrollo «socialista-nacional», Irlanda, en cambio, y en ausencia de una revolución británica, estaba condenada a permanecer eternamente en la órbita inglesa: un país que oprime a otro (como Rusia, gendarme de la revolución alemana antes de 1917) puede llegar a forjar sus propias cadenas (la «lucha» por la construcción de la industria pesada en Rusia); pero un país que, como Irlanda, es oprimido por otro y no tiene nada que vender salvo hombres indómitos, productos agrícolas y unas pocas materias primas, conserva las mismas cadenas, que sólo se oxidan y chirrían con el tiempo.

Para Marx, la independencia irlandesa no fue nunca más que una posible «secesión de la plebe» al modo romano. En su pensamiento —y durante un período muy breve—, habría bastado para debilitar a las clases dominantes inglesas. Por eso, en ningún lugar de su obra se planteó la cuestión de las posibilidades de supervivencia económica de Irlanda, cuestión que más tarde resolvieron afirmativamente las corrientes «tercermundistas», para las que un pueblo con suficiente determinación puede obrar milagros.

Irlanda adquiere su configuración actual entre 1880 y la independencia de 1922; las clases sociales se fijan entonces, y sus antagonismos se plantean en términos que aún hoy nos resultan familiares. Pero si Irlanda no ha cambiado, el mundo, en cambio, sí lo ha hecho. No es nuestro propósito considerar la cuestión irlandesa, tal como vuelve a plantearse desde 1969, como una simple acumulación de viejas historias, aunque resurjan en la actualidad conflictos ancestrales y debates anacrónicos. Queremos, por el contrario, mostrar cómo, en ese país, la historia parece morderse la cola.

La división de Irlanda en dos Estados corresponde a la existencia de dos polos de capital con intereses divergentes. El primer acto de esta división fue la ruina del capital agrario y el establecimiento del *Wyndham Act* en torno a 1903. El segundo fue la concentración del capital industrial en el Úlster y su integración en el mercado británico. El tercer acto —sin duda el más determinante— fue la aparición del proletariado irlandés como clase autónoma, y su derrota, a partir de 1913.

Las «lamentaciones de los agricultores» fueron difundidas en Irlanda por Parnell. Éste tomó la cabeza de la *Home Rule League* (la Liga por el Autogobierno), partido parlamentario autonomista, y de la *Land League* (Liga Agraria) entre 1877 y 1879. Su partido, convertido rápidamente en apoyo indispensable del Partido Liberal, obtuvo de Gladstone, en 1886, la *Home Rule*

(autonomía) acompañada de un proyecto de ley según el cual el Estado mismo volvería a comprar las tierras de los propietarios ingleses para revenderlas a los campesinos irlandeses. La indisolubilidad de ambos proyectos provocó su fracaso. Para la burguesía del Úlster, representada también por liberales, la *Home Rule* significaba, a largo plazo, la separación del mercado inglés del que formaba parte integrante, es decir, su propia ruina. Toda esperanza de crear una Irlanda unida por una revolución nacional burguesa se desvanecía. Las capas campesinas que, hasta entonces, podían haber sido consideradas como una clase aliada de la burguesía nacional, perdieron de golpe su importancia revolucionaria: en lugar de constituir una clase capaz de despojar a los terratenientes de la renta agraria, los pequeños granjeros, en ausencia de una renta efectiva, no representaban más que una subclase de miserables, incapaces de contribuir al paso de la propiedad de la tierra al control de una burguesía nacional.

Iniciada en 1882, la revolución agraria, dirigida por el gobierno, se amplió a medida que la renta de la tierra disminuía en Irlanda, arruinando a la aristocracia y reduciendo su poder político. El Estado británico «dio» la tierra a los campesinos irlandeses al precio de una gigantesca estafa: tuvieron que pagarla en sesenta y ocho anualidades¹¹. (¡No fue hasta 1971 cuando los campesinos pudieron sentirse definitivamente en su casa!).

Se les pedía transformar en capital una tierra que apenas bastaba para su autoconsumo. Ese capital, más los intereses acumulados hasta 1938, representaba, además de una estafa, un acto de usura típico, realizado a escala de un Estado. El *Wyndham Act* de 1903 puso así fin al problema agrario. Excluida de toda valorización capitalista, la tierra se repoblaba rápidamente y la propiedad se fragmentaba: entre 1903 y 1906 hubo más de trescientas mil compras de fincas, y los irlandeses pudieron recuperar sus tierras, o al menos lo que quedaba de ellas. La revolución agraria que los internacionalistas y los nacionalistas irlandeses habían deseado como palanca de la independencia treinta años antes se realizó, pues, de forma negativa, por mediación del capital, en este caso del Estado británico. Su demora la volvió totalmente inoperante: el capitalismo había sido introducido desde fuera, ya que, al fugarse la renta hacia Inglaterra, nunca había existido acumulación primitiva. La fragmentación era extrema. Finalmente, la usura perpetuaba la fuga de la renta agraria hacia Inglaterra. De ahí, entre el campesinado irlandés, el odio a todo lo inglés y capitalista; de ahí también el desarrollo de un nacionalismo típicamente «sureño», de base racista (la exaltación de la raza gaélica —el «renacimiento gaélico»—), cuyo voluntarismo (en 1905 se funda el *Sinn Féin*, es decir, «Nosotros solos», «Nosotros mismos») crecía en proporción directa a su impotencia. Las *Land Annuities* (anualidades agrarias) fueron el resorte del nacionalismo irlandés, igual que el impuesto adicional de cuarenta y cinco céntimos en febrero de 1848 había hecho del campesino francés el principal agente de la contrarrevolución. La tendencia autonomista del movimiento, en el que participaban todas las capas sociales del Sur, se afirmaba también en el boicot sistemático de las instituciones inglesas. El *Sinn Féin* y los nacionalistas en general pusieron por delante el postulado de la independencia. Proponían una alianza de clases —paralela a la del Norte— que, por lo demás, también predicaba la Iglesia católica.

¹¹ Las *land annuities* eran inferiores a los arrendamientos agrícolas, pero el gobierno sólo especulaba con la tendencia a la baja que, desde 1875, ya había reducido los arrendamientos a la mitad.

Esencialmente industrial y urbana, la región del Úlster había estado, en cambio, relativamente al margen de la cuestión agraria. Desde 1830, las industrias navales y del lino, así como los talleres de ingeniería, se habían multiplicado, especialmente en Belfast. Ese auge capitalista fue obra de grandes comerciantes e inversores escoceses e ingleses. El capital se había implantado en el Úlster, atraído por la abundancia de mano de obra barata. El fenómeno lindaba con el proceso colonial: en Derry, el lino se tejía en telares manejados por las mujeres de las zonas rurales circundantes. Belfast, en cambio, concentraba un proletariado moderno desde mediados del siglo XIX. El radicalismo republicano de la burguesía del Úlster se había debilitado; las corrientes favorables a la Unión se reforzaban a medida que las industrias locales prosperaban dentro del mercado británico. Convertida en inútil, la *Orden de Orange* fue prohibida en 1837. Sólo fue reactivada en 1880, para cristalizar la alianza de todas las clases en el lealismo hacia Gran Bretaña y en una feroz oposición a la *Home Rule*. Pero la Orden ya no era la cofradía feudal y antipresbiteriana que unía al *yeoman** o al artesano con los señores de la tierra. Ahora predicaba la santa alianza entre patronos y obreros, es decir, el corporativismo, o incluso, el fascismo. Afirmar que la *Orden de Orange* que operaba durante el cambio de siglo se remonta al siglo anterior, fundando un supuesto particularismo ancestral de los ulsterianos, equivale, en cierta medida, a sostener que el nazismo existió porque las tribus germánicas primitivas eran de raza aria. Tan cierto es que, esta vez, la Orden no hizo nada para oponerse a la «revolución» agraria.

Sólo la izquierda de la época podía creer que esas alianzas no estaban dirigidas contra el proletariado. Al nacionalismo del Sur, reforzado por la manipulación del pasado gaélico, respondía el lealismo del Úlster: un nacionalismo al que sólo le faltaba demostrar su propia existencia nacional. Ante este vals de nacionalidades, los conceptos del dirigente marxista irlandés James Connolly se viciaron. Olvidó que el concepto de nacionalidad había sido elaborado en función de los intereses del proletariado. Durante el cambio de siglo, la situación de Irlanda no podía justificar la participación del proletariado en la lucha nacionalista. Participar equivalía a liquidar los fines y las posibilidades de la revolución proletaria. La era de las revoluciones nacionales había concluido en 1871. Irlanda lo confirmaba:

1. La revolución nacional no instauraría nuevas relaciones sociales ni productivas, pues el capitalismo ya estaba implantado en el Norte; al contrario, la independencia del Sur confirmaría su atraso agrario.

2. Un Estado independiente (incluso unificado) habría retrasado el desarrollo del proletariado y la disolución de la sociedad agraria, al suprimir el libre comercio.

3. Un Estado independiente (incluso unificado) no habría puesto fin a la emigración hacia Inglaterra y Estados Unidos, fuente de división de los proletariados locales.

La separación entre Norte y Sur no puede explicarse ni por una diferencia de actividad —aunque reaparece la división entre ciudad y campo— ni por factores de raza, religión o nacionalidad. Aún hoy los socialistas irlandeses se enredan en interminables querellas bizantinas para determinar si Irlanda es una o dos naciones. Se llega incluso a hacer remontar la disputa a los orígenes de la

* Pequeño propietario campesino. [N. del t.]

colonización, al siglo XIX, o, al menos, a la reacción de la *Orden de Orange* contra el movimiento republicano de Wolfe Tone.

El elemento determinante de la partición, orgía nacionalista, fue la derrota del movimiento proletario: efectiva en 1913, confirmada en 1916, consumada en 1919. Frente al nacionalismo del Sur, de origen pequeño-burgués y campesino, y al unionismo del Norte, de origen gran-burgués, que defendía la Unión con Gran Bretaña y la unidad de clases sociales, el movimiento obrero aparecía, a fines del siglo XIX, como la única fuerza unificada de Irlanda.

Por desgracia, desde el principio se separó de la clase obrera inglesa: Inglaterra fue el primer país en dar lugar al fenómeno contemporáneo conocido como la aristocracia obrera, totalmente integrada en los objetivos generales del Estado y agrupada en organizaciones sindicales como el *TUC* o partidos como el *Labour* (fundado en 1892). Por tanto, el proletariado irlandés tuvo que organizarse por su cuenta, independientemente del inglés, que en los sindicatos suele apoyar a la facción más imperialista de la burguesía inglesa. Los revolucionarios irlandeses se opusieron a los intentos de dividir a la clase obrera siguiendo el modelo inglés, en el que se rechaza a los trabajadores no cualificados, con la organización unificada del proletariado en los sindicatos. En Belfast, Larkin rompió con el *TUC* británico y organizó en 1907 la *National Union of Dock Labourers*, que se lanzó a una huelga contra la *Shipping Federation* (sindicato patronal internacional de armadores). En 1909 se fundó la *ITGWU* (*Irish Transport and General Workers Union*), cuyo programa era la abolición del trabajo asalariado. Se extendió desde Belfast a toda Irlanda bajo la influencia de otro militante sindicalista revolucionario, James Connolly. Este último sindicato lanzó el segundo ataque proletario, en 1913, una huelga de más de seis meses contra la patronal local, los “Dubliner’s Sweaters” (los chupadores de sudor de Dublín).

Frente a esta unificación nacional del proletariado, preludio a su afirmación como partido¹², la burguesía del Norte respondió mediante la fuerza de la frontera —entre obreros del Norte y del Sur, entre católicos y protestantes. En 1913 Carson y Craig fundaron el *Ulster Volunteer Force* contra la *Home Rule* y los nacionalistas, incluidos los socialistas. Ese mismo año apareció en Dublín la *Citizen Army*, milicia obrera creada para luchar contra la policía patronal, que pronto adoptó posiciones nacionalistas y se preparó para la guerra civil contra Úlster.

Durante las huelgas de Dublín, los socialistas se opusieron tanto al unionismo como al *Sinn Féin*, pero tras la doble derrota Norte-Sur, comenzaron a teorizar un socialismo nacional y se acercaron al *Sinn Féin* y a la *Gaelic League*. Para participar en el combate nacionalista, el proletariado se escindió en dos, formando apéndices ideológicos y vanguardias combativas de la alternativa nacional-burguesa, negándose como clase y como partido específico. James Connolly, al negarse a aceptar la derrota tanto del movimiento proletario como

¹² Partido, en el sentido genérico de organización de la clase proletaria con vistas a la toma del poder estatal y al establecimiento de las condiciones que conduzcan al socialismo: «[el] partido, que brota espontáneamente del suelo de la sociedad moderna» (Marx a Freiligrath, 29 de febrero de 1860). Partido, concebido en el sentido de una etapa de afirmación superior a la de una clase consciente de sí misma, de su existencia económica y social. No debe confundirse con Partido, organización estrictamente política de las vanguardias leninistas.

de la revolución burguesa en Irlanda, se posicionó como heredero de los fracasos pasados y promovió la alianza con todos los desechos de clase del Sur, en el seno de un movimiento Socialista, Democrático y Nacionalista¹³. En 1914, mientras el *Consejo Unionista del Úlster* se proclamaba gobierno provisional, separando definitivamente a los obreros del Sur de su vanguardia del Norte, los obreros de Dublín se vieron obligados a capitular ante Murphy, patrón del antiguo régimen, dueño del ayuntamiento, del principal diario (*Irish Independent*) y de varias empresas. La condición obrera era entonces peor que en Moscú en la misma época (27,6 muertes por cada 1.000 habitantes). Tras la reanudación del trabajo, cabría hablar de una auténtica disolución física del proletariado.

La insurrección de Dublín, durante la Semana Santa de 1916, debe entenderse como un desbordamiento plebeyo, una prolongación plebeya del movimiento anterior. Los desechos de clase del Sur confiaron a la vanguardia militar del proletariado —ya derrotado como partido en 1913— la tarea de llevar a cabo la acción violenta necesaria que abriría el camino a la independencia constitucional de 1921. Este proceso histórico permitió, además, la eliminación política del proletariado mediante la liquidación física de su vanguardia militar, una vez que ésta se había negado revolucionariamente a sí misma participando en el golpe nacionalista. Es un fenómeno universal: ninguna revolución burguesa triunfó jamás sin la participación efectiva de una franja del proletariado, un desbordamiento plebeyo necesario para asegurar la victoria. Pero la burguesía, clase demasiado débil por sí sola, debe luego eliminar por la fuerza ese elemento para afianzar su dominación. La Revolución Francesa —el modelo más acabado de las revoluciones burguesas— suscitó, canalizó y luego destruyó movimientos como los *hebertistas*, los *enragés* y los *babouvistas*, todos surgidos del Faubourg Saint-Antoine, el barrio obrero de París. El *Alzamiento de Pascua* pertenece, por tanto, más a la contrarrevolución que a la revolución; anuncia la Primera Guerra Mundial, no las revoluciones que la siguieron. En este sentido, cuando Lenin escribe que «los irlandeses tuvieron la desgracia de sublevarse demasiado pronto, cuando la revuelta del proletariado europeo no estaba madura», ignora el proceso de disolución de las clases sociales —y del proletariado en particular— que condujo a esa tentativa desesperada y tardía (nada prematura), que en todo caso no pertenece a la serie de las grandes luchas proletarias europeas de 1918-1923.

El nacionalismo/lealismo del Norte sólo se volvió eficaz tras la liquidación del movimiento obrero. La huelga general de enero-febrero de 1919 en Belfast, que terminó en derrota, fue desviada hacia el movimiento unionista mediante un pogromo contra los «republicanos» que comenzó en los astilleros —bastión de la vanguardia obrera— en junio de 1920. El unionismo del Úlster se afianzó sobre el

¹³ En octubre de 1916, Robert Lynd, en su elogio fúnebre a J. Connolly, describió muy bien el paso —que él mismo dio— del socialismo al nacionalismo social:

«Pero la mayoría de nosotros éramos indiferentes, creo, a lo que considerábamos un Nacionalismo sentimental. Rechazamos casi por unanimidad la propuesta de adoptar el rojo y el verde como nuestros colores (...) Éramos internacionalistas doctrinarios y apenas comprendíamos que el imperialismo significaba, al igual que el capitalismo, la explotación de los débiles por los fuertes. El Socialismo nos parecía un credo para el mundo, mientras que considerábamos el Nacionalismo de las banderas y pancartas como una simple debilidad estrepitosa, poco diferente en esencia de la de los corredores de bolsa londinenses. La lección de Connolly para Irlanda fue la de la unidad esencial de los ideales Nacionalistas y Socialistas. Para él, el Socialismo no era el medio para lograr una vasta comunidad cosmopolita. Era el instrumento para obtener una vida individual más rica, tanto para los seres humanos como para las naciones».

cadáver del movimiento obrero de 1919, del mismo modo que el nacionalismo del Sur (*Sinn Féin*) se benefició de la derrota (1913) y luego de la liquidación (1916) del partido proletario. Sólo esta derrota local hizo posible la partición de 1922, confirmada por la derrota definitiva —al menos durante un tiempo— de la revolución internacional.

La secesión del Úlster, efectiva desde 1914, y el período de 1921-1932 —la guerra contra los ingleses, la guerra civil y la tentativa de construir un Estado irlandés en el Sur— permiten interrogarse sobre la naturaleza de este nuevo fruto de la lucha antiimperialista. ¿Se trataba de una revolución nacional que había llevado al poder a una burguesía compradora?

Históricamente, la burguesía sólo ha sido una clase dinámica en tanto clase promotora del capital, capaz de abolir los antiguos privilegios que impedían la acumulación, reproducción y circulación de éste. En los países coloniales o dependientes, esa función podía expresarse quebrando privilegios que bloqueaban el desarrollo: nacionalizando la renta de la tierra, redistribuyendo tierras o fomentando una producción monopolizada por el antiguo colonizador (como la caña de azúcar en Cuba). Generalmente, todo esto engendraba un proletariado urbano y arrancaba a las capas más atrasadas de su miseria inmediata. La vulgarización de la teoría leninista del imperialismo —de la que nació el *tercermundismo*— sostiene que todo pueblo oprimido debe pasar por una fase de revolución burguesa nacional, de la que supuestamente nacerá después una revolución proletaria. Pero esta concepción implica una visión progresista de la historia, según la cual el capital podría permitir un desarrollo armonioso de la humanidad si las periferias lograran competir con los centros.

Si el Norte optó por la «lealtad» a Inglaterra, no fue porque estuviera sometido, ideológica o militarmente, al imperialismo británico, sino porque formaba parte de Gran Bretaña: todas las clases —proletariado incluido— tenían interés en seguir siendo inglesas. Dentro del sistema geo-económico británico, el Úlster era una región equivalente a Lancashire: el triángulo Úlster-Clydeside-Lancashire constituía la columna vertebral de la Corona. Separarse del mercado británico —sin contar con el hecho de tener que cargar con la enorme deuda agraria del Sur— habría sido suicida para todas las clases. El hecho de que el «lealismo» y el unionismo sirvieran como armas de la burguesía contra los elementos radicales del proletariado —por ejemplo, para romper la huelga general de 1919— no anula el hecho de que el proletariado tuviera interés en rechazar la separación con Inglaterra. Impregnado de *trade-unionismo* y de orangismo, el proletariado del Úlster no hizo sino repetir la actitud del obrero inglés durante el siglo XIX.

Pero volvamos a la «revolución burguesa» en el Sur: no había ya revolución agraria que cumplir. Esa revolución —«la tierra para los campesinos»—, que Marx consideraba el motor de la independencia, había sido realizada por el propio imperialismo. ¿Se trataba entonces de una revolución industrial? Las pocas industrias dublinesas eran insignificantes. Lo que la huelga de 1913 había dejado intacto, fue destruido por la guerra contra los ingleses (1919-1922) y sobre todo por la guerra civil (1922-23). En 1925, en el Sur había más de cien mil parados, miles de hectáreas inutilizadas, la mayoría de las vías férreas destruidas, y sólo sobrevivían industrias menores, como la popelina en Dublín, o las cervecerías. Algo menos grave había sido que esa burguesía—o lo que quedaba de ella— hubiera sido capaz de organizar un Estado lo bastante potente como para nacionalizar la deuda agraria, pero ni Collins, ni Cosgrave, ni más tarde, De Valera lo lograron. Todos los gobiernos pagaron puntualmente las *Land*

Annuities —una cuarta parte de todos los impuestos— hasta 1938, cuando De Valera la saldó con diez millones de libras en una cuenta bloqueada en Dublín, tras una interrupción entre 1932 y 1938, período que suele llamarse «guerra económica» porque Irlanda es la patria de Swift, que imaginó el combate de Gulliver contra los liliputienses.

Toda la historia de la República de Irlanda muestra la imposibilidad de construir un polo capitalista autónomo. Y demuestra *a fortiori* que el imperialismo no es un ente exterior que pueda ser expulsado por las armas para estar por fin en casa propia: es un sistema de intercambio internacional exclusivo en el que las mercancías de composición orgánica diferente se intercambian a su valor, lo que entraña la dominación de unos países y regiones sobre otros. Cuando, para simplificar, una mercancía vendida a su precio de mercado y que contiene mucho trabajo en valor y relativamente poco plusvalor o plusvalor, se intercambia por otra —siempre al precio de mercado corriente—, la cual contiene poco trabajo en valor y una masa importante de plusvalor relativo, puede decirse que se produce un traslado ineluctable de valor del país subdesarrollado al desarrollado y una exploración del primer centro productor por el segundo. Esta ley de hierro del capitalismo —y no del imperialismo— impone a los países de menor composición orgánica un retraso perpetuo en comparación con los más poderosos, debido a su menor productividad en capital¹⁴, salvo que dispongan de recursos suficientes y puedan imponer a la clase obrera un aumento del tiempo de trabajo y una reducción de los salarios —es decir, salvo que logren extraer un máximo de plusvalía absoluta con un mínimo de capital adelantado—, lo que provocaría una acumulación primitiva de capital (como en el caso de las minas de Sudáfrica). No es posible, en el caso de un país subdesarrollado por la fuerza militar del imperialismo, llevar a cabo un desarrollo autónomo. Irlanda carecía de recursos y de una mano de obra lo suficientemente dócil. El sector productivo que desarrolló el Estado irlandés fue precisamente el de las industrias ligeras de transformación, que implica una baja composición orgánica del capital con un gasto considerable de trabajo vivo para paliar la ausencia de un verdadero aparato productivo y la falta de materias primas: cerveceras, destilerías, fábricas de galletas, fábricas de azúcar, molinos, fábricas de conservas y pequeña industria textil¹⁵.

Esto apenas proporcionaba salidas para la agricultura a pequeña escala de remolacha azucarera, cereales y ganadería. La energía y la industria pesada, pilares del desarrollo nacional, lo que conocemos como «el socialismo son los soviets más la electricidad», eran tan deficientes que, debido a la falta de capital privado, el Estado tuvo que nacionalizarlas, junto con el crédito. Vemos que la nacionalización no es necesariamente el arma socialista definitiva, sino más bien un instrumento eficaz para gestionar la escasez. Desempeñó el mismo papel en 1919 en Rusia. La diferencia entre Irlanda y Rusia radica en que, en este último país, sí fue posible construir una industria pesada. Por el contrario, en Irlanda, durante la euforia republicana, a partir de 1932, asistimos a experimentos originales mucho más irrisorios, como el empleo de turba para la producción de

¹⁴ Esta definición genérica de la ley del intercambio entre naciones no pretende agotar el tema, ni siquiera abordar el proceso en su dinámica. Para ello, habría que examinar las leyes tendenciales internas del capital, y eso no es lo que nos ocupa aquí. Véase al respecto el libro de Jean Barrot *Le mouvement communiste*, que será publicado en septiembre de 1972 por la editorial Champ Libre.

¹⁵ Como ironía de la historia, cabe señalar que la industria de la confección de prendas de punto se introdujo en Donegal gracias a los avances en capital de un industrial de Derry, y el algodón, gracias a los industriales ingleses.

electricidad. Desgraciadamente para la compañía nacional fundada en 1934 y para el pueblo irlandés, el imperialismo británico ofrecía electricidad de hulla un 40 % más barata por kilovatio. Esta no fue, por cierto, la única utopía populista que surgió durante este período de intento de construcción del capitalismo en un solo país. Ante la imposibilidad de crear grandes concentraciones industriales basadas en la industria pesada, el Estado, con el apoyo activo del clero, se comprometió a desarrollar la producción cooperativa a pequeña escala y mediante pequeñas unidades industriales con menos de cincuenta trabajadores en todo el país. Una vez creada, esta infraestructura industrial, por supuesto, cayó en desuso.

El marco ideológico de este período refleja el marco económico; se caracterizó por la ausencia de una ideología capaz de galvanizar a las masas para trabajar y ahorrar. El clero católico y la moralidad constituían sólo un pálido sustituto de una auténtica ideología capitalista. El catolicismo nunca se ha sentido más a gusto que durante la decadencia del capital, entre las clases sociales que deja abandonadas, como en el período de regresión de la economía agraria en Occidente, del siglo VIII al XII, cuando despegó. En Irlanda, el clero católico siempre ha apoyado la cooperación en materia agraria, tan pronto como el capital abandonó el territorio irlandés; por ello, el Estado le reconoce un «lugar especial» en la constitución de junio de 1937, establecida «en nombre de la Santísima Trinidad, de la que deriva toda autoridad». En ausencia de la Santísima Trinidad moderna —Tierra, Trabajo, Capital— de la que deriva todo Estado, la religión tuvo que desempeñar su papel como marxismo-leninismo de los pobres. En todo caso, no es mérito de esta «revolución burguesa» el no haber tenido siquiera la fuerza de nacionalizar la propiedad territorial del clero o de sacar la enseñanza de sus manos, permitiéndole así seguir manteniendo en el país el espíritu de caridad pública incompatible con la más mínima noción de progreso social.

La guerra arancelaria entre el *Éire* y Gran Bretaña, que prosiguió durante todo este período, nos permite comprender, con las cifras en la mano, la magnitud de la impotencia nacionalista. Parece que el aislacionismo republicano evolucionó en proporción directa al declive económico del país. Entre 1923 y 1932, los gobiernos que habían aceptado los estatutos del Estado Libre, el juramento de lealtad a la Corona y a la *Commonwealth*, lograron, gracias al préstamo inglés de 1928, si no desarrollar el país, al menos frenar la emigración y estabilizar la población rural, así como promover la producción de electricidad mediante la creación de una oficina estatal. A partir de 1929, la crisis económica mundial, que hizo contraerse el comercio internacional y afectó a la pequeña agricultura irlandesa de remolacha azucarera y cereales, que se había reactivado con dificultad, creó las condiciones para el ascenso al poder de los republicanos del Fianna Fáil de De Valera. En estas condiciones, a estos últimos les resultó fácil jugar la carta del aislacionismo, negando el juramento de lealtad y negándose a pagar las *Land Annuities*. A pesar de las barreras aduaneras erigidas a ambos lados del Mar de Irlanda —que enmascaraban convenientemente el hecho de que Irlanda ya no tenía nada que exportar— los desempleados, la única mercancía no gravada, se vieron obligados una vez más a huir de la metrópoli en grandes cantidades. En 1938 este capricho republicano tocó a su fin: la producción agrícola había vuelto a ser exportable; a cambio de la libertad de comercio con Gran Bretaña (Acuerdo Anglo-Irlandés), De Valera pagó diez millones de libras para saldar la deuda agraria.

Se inició entonces un período de liberalización progresiva del comercio con Gran Bretaña, que culminó en el Tratado de Libre Comercio de 1959, que marcó

el fin del estancamiento aislacionista y del Estado republicano pequeñoburgués mediante la nueva política económica que impuso. Todos los esfuerzos de los líderes desde la independencia sólo lograron establecer una pequeña burguesía estable en Irlanda: en el campo, una clase de pequeños propietarios campesinos; en las ciudades (Dublín, Cork, Limerick), capas de pequeños comerciantes y artesanos. Estas rígidas estructuras no permitieron absorber el crecimiento natural de la población, ya que el clero se oponía, como siempre, a cualquier control de la natalidad. Por otro lado, el Estado no pudo hacer frente a un nivel demasiado alto de desempleo y emigración (migración de las clases en edad productiva), a diferencia de lo que ocurre en ciertos Estados pequeñoburgueses del Tercer Mundo, donde un buen ejército basta para contener a grandes masas de indigentes desarraigados en los suburbios de las grandes ciudades. En Irlanda, el Estado, sin una sólida base de clase, era demasiado débil ante la combatividad obrera y campesina. Cuando, a partir de 1955, la producción nacional empezó a decaer, la balanza de pagos se volvió demasiado deficitaria y la tasa de desempleo demasiado alta, fue necesario tomar la decisión de regresar al seno del imperialismo.

Este «nuevo rumbo», inaugurado por el Tratado de Libre Comercio de 1959, no fue del agrado del Sinn Féin-IRA, que, incluso hoy —pese a haberse vuelto «marxista»—, no duda en calificarlo de traición nacional. Es cierto que, mientras el IRA se dedicaba desde 1956 a perseguir a los imperialistas con bombas y fusiles en el Úlster, los líderes de Dublín entregaban la República a los financieros de la City. Estado dentro del Estado y ejército dentro del ejército, el Sinn Féin nunca ha representado, desde la independencia, otra cosa que la fracción extremista de la impotencia nacionalista. Nunca fue capaz de comprender la Historia, y mucho menos el concepto de Nación, y nunca fue capaz de admitir que el nacionalismo, como fuerza social, murió definitivamente un día de Pascua de 1916 en Dublín, ahogado en la sangre de los últimos batallones de un proletariado en descomposición. Aunque reivindique a James Connolly, esa organización no tiene sus orígenes en la lucha y el pensamiento político de este militante revolucionario, sino en la pequeña burguesía, eternamente frustrada con «su» nación. Es antiimperialista en la misma medida en que cualquier comerciante se opone a las grandes superficies: no porque sean antagónicas a su propia existencia, sino porque son más fuertes. Además, siempre ha negado la existencia de relaciones sociales, pues prefiere afirmar que el mundo es una vasta colección de objetos yuxtapuestos como en la fachada de una tienda, y que, además, los irlandeses están hechos para vivir entre ellos en su isla y a disfrutar de sus recursos, que son más que «suficientes»¹⁶. Toda su «doctrina» política refleja la mentalidad del pequeño productor inmediato. El drama es que el fracaso de los republicanos «revisionistas» —y en particular de De Valera— en su intento de construir una Irlanda independiente en el sur, con el acuerdo y el apoyo tácito del Sinn Féin, no les abrió los ojos acerca de la naturaleza de las relaciones capitalistas. Cada vez que el Éire se vio obligado a abrir sus fronteras, emprendieron una campaña de distracción en el Úlster (1939, 1956-1962). Reforzando el mito del imperialismo británico, su lucha consolidaba la posición nacionalista de la República, al igual que la perpetuación de ésta —es decir, de la partición— justificaba su propia existencia, así como la República y el Sinn Féin

¹⁶ «La soberanía de las naciones sobre los recursos naturales de las naciones es absoluta». Esta frase de Padraig Pearse, el Pancho Villa de los bosquecillos, sirve hoy como programa económico para el IRA provisional.

reforzaban el unionismo en el Úlster, que, a su vez, reforzaba las instituciones y organizaciones sudistas. Si la importancia del papel del Sinn Féin aumentó durante los años sesenta, que marcaron, tanto en el Sur como en el Úlster, un verdadero punto de inflexión histórico, sólo fue porque la existencia de su base tradicional, la pequeña burguesía, se vio directamente amenazada por la nueva política económica y porque en el Sur había surgido una clase trabajadora relativamente importante. El Sinn Féin ya era una organización reaccionaria; al teorizar la importancia de la clase obrera como masa de maniobra nacionalista, iba a volverse fascista.

El programa social objetivo del capital, inaugurado en 1959¹⁷ en el Sur con el «nuevo curso», puede resumirse como sigue:

— Tratar de atraer capitales extranjeros para que procedan al equipamiento del país, que no ha podido encargarse de ello por sí mismo.

— Para ello, extraer plusvalía, en forma de impuestos, de todas las clases sociales, salvo del campesinado, con el fin de financiar la movilización de esos capitales, es decir, sufragarles su ausencia de beneficios.

— Por la misma razón, hacer atractiva la mano de obra nacional intentando especializarla y presionando sobre los salarios para reducir los costes de producción, actuando sobre el capital variable (el precio de la fuerza de trabajo) que forma parte de dichos costes.

— Eliminar al campesinado parcelario, demasiado costoso, para dejar subsistir únicamente una gran agricultura de exportación en las zonas más favorecidas.

En cualquier caso, Irlanda ofrece pocas ventajas al capital. Los únicos sectores exportadores son la agricultura (carne de vacuno, leche: 44%) y las industrias de transformación (5%). Al intercambiar bienes manufacturados por bienes de capital, los trabajadores irlandeses asumen el coste de este intercambio. Sin embargo, el nuevo plan de desarrollo ha situado a la clase trabajadora en el centro de las preocupaciones del Estado y le ha devuelto el papel que había perdido desde 1914. El éxito de los planes de desarrollo implementados sucesivamente por el gobierno depende de su espíritu de sacrificio. «En primer lugar, los trabajadores irlandeses aprovechan ampliamente la oportunidad que se les ofrece para trabajar en el Reino Unido, y su paso de un país a otro tiene efectos de “demostración” sobre las reivindicaciones salariales, la estructura de la renta y el consumo, y la demanda de servicios sociales en Irlanda», señala un informe de la OCDE de marzo de 1971. No es el menor de los méritos del «imperialismo» británico el tener este efecto «demostrativo» sobre la clase obrera irlandesa, aunque los sindicatos, inspirados en el modelo inglés, se han mostrado inclinados a colaborar con la patronal durante varios años en el seno del *National Industrial Economic Council*, el máximo órgano económico, que reúne, además de a los sindicatos y a la patronal, a representantes del sector público. Pero, por regla general, desde 1968, los aumentos salariales han superado las ganancias de productividad y la media mundial, a pesar de los convenios colectivos; provocan una inflación constante. La presión de las bases a veces impone huelgas muy duras, las más recientes de las cuales fueron las de las minas de plata de Nenagh

¹⁷ Simplemente se trataba de reconocer que en 1956 se había superado el punto de no retorno: por primera vez, la parte de la industria en la renta nacional superaba a la de la agricultura.

(seis semanas) y, sobre todo, las de las cementeras (seis meses, de febrero a junio de 1970).

En la actualidad, el sueño de hacer de la República un Estado independiente y próspero se ha desvanecido. Los precios de exportación superan constantemente a los precios de importación, y todas las industrias laboriosamente levantadas durante el período autárquico se derrumban una tras otra. Entre 1969 y 1971 se suprimieron mil doscientos empleos en el sector textil; la industria del calzado —orgullo de la República— y las alimentarias están en declive. El Estado se ve obligado a atraer capitales extranjeros a un alto coste: «Quince años de exención total de impuestos sobre los beneficios de exportación (...) subvenciones en efectivo (no reembolsables) para su terreno, edificios y medios de producción. Toda la mano de obra que desee, cualificada y flexible (...) Edificios industriales inmediatamente disponibles (...) Acceso libre de aranceles al mercado británico (...) y sin trabas administrativas», proclama un anuncio publicitario difundido en Francia. Todo el «milagro irlandés» de los últimos quince años se debe a esas transferencias voluntarias de valor por parte del Estado. El acuerdo anglo-irlandés de 1965, que estableció una zona de libre comercio entre ambos países, puso fin al consumo industrial —vigente desde 1946— de turba por parte de los irlandeses, y puso al alcance de los trabajadores productos de consumo más baratos, aunque ello hiriera el orgullo nacional. Aun así, dicho acuerdo permitió que los productos agrícolas —el 80 % de los cuales es absorbido por Inglaterra— se beneficiaran del sistema británico de apoyo a los precios. Irlanda ha vuelto a entrar en la órbita del «imperialismo» británico, pero el concepto de imperialismo ya no abarca la realidad a la que durante mucho tiempo estuvo asociado: una fuerza militar y económica que frena el desarrollo de las zonas dominadas. Ahora es la simple ley capitalista de la valorización, que se da tanto entre los hombres como entre las naciones. Hoy, esa ley pone en primer plano a otra fuerza: *el proletariado*, al que la teoría antiimperialista de las «alianzas de clases necesarias» no ha hecho más que enmascarar durante décadas. Sea como clase combatiente o, como sucede hoy en Irlanda, bajo la forma más pacífica de capital variable, es él, el proletariado, quien hace huir o acudir al capital. Contribuye de manera importante a aumentar el coste de la mano de obra y de los precios en Irlanda, pero sería socialmente demasiado peligroso, en las condiciones actuales, dejar que el desempleo —que ya superaba el 8 % a comienzos de 1972— aumentara demasiado. Cuando el campesinado y la pequeña burguesía —sus aliados tradicionales— hayan sido eliminados, el proletariado está destinado a convertirse rápidamente en la única gran fuerza social del Sur. Las explotaciones agrícolas de tipo arbolado, dos tercios de las cuales tienen menos de veinte hectáreas y sostienen a una población compuesta en un 30 % por mayores de sesenta años, reinstalados a gran coste tras el rescate de las tierras por el Estado, no podrán sobrevivir mucho tiempo. Se fomenta la creación de tres polos regionales de atracción: Shannon, alrededor del aeropuerto franco; Waterford, en el sureste; y Galway, en el oeste. Es probable que en unos años toda la vida del sur de Irlanda se concentre en esas tres zonas y en la región de Dublín.

Fue la importancia creciente de la clase obrera y la ruina de la pequeña burguesía tradicional lo que condujo al Sinn Féin-IRA, hacia 1960-1962, a introducir en su nacionalismo elementos de marxismo, a poner algo de rojo en su verde. No hizo sino obedecer a la tendencia mundial de todos los movimientos nacionalistas y capitalistas, que ya no pueden presentarse abiertamente como tales, dada la profunda descomposición social desde la última guerra mundial.

Por el momento, mientras practica una política activa de colaboración de clases en los sindicatos que están bajo su control, arrastra a los obreros a librar luchas bastante duras contra las empresas extranjeras y denuncia la política de exenciones fiscales del Fianna Fáil, el partido en el poder. Si critica el capitalismo, es sólo para intentar mostrar la superioridad del aislamiento económico sobre el libre comercio¹⁸. En la base del «socialismo» que reivindica se encuentra la idea grosera de que el capital no es más que el beneficio, independientemente del capital fijo y del capital variable (el trabajo), que serían meros productos de la naturaleza. Que se nacionalicen, pues, esos beneficios, y eso bastará —piensan— para devolver al Estado una fuerza que, por su propia alma capitalista, siempre le ha faltado, y más aún hoy. Los miembros del IRA no han comprendido que ese Estado ya ha realizado todo lo que el mercado mundial le permitía realizar a lo largo de la historia, y que las condiciones están maduras, no para su renacimiento, sino para su desaparición. Su programa de nacionalización de las minas gracias a la «unión de las fuerzas democráticas y radicales» no es otra cosa que el mismo programa que el Fianna Fáil, escindido del Sinn Féin en 1927, trató en vano de llevar a cabo a partir de 1932. Si ya era imposible entonces desarrollar un capital fijo importante, hoy se ha convertido en una utopía reaccionaria¹⁹. En la práctica eso significaría un retroceso de treinta años, una terrible regresión para la clase obrera, que vería disminuir sus salarios, tendría que hacerse cargo del sostenimiento del campesinado (pagando impuestos muy elevados), restringir su consumo y soportar una subida general de los precios que la competencia inglesa mantiene por ahora a un nivel más bajo. Pero volveremos sobre el contenido real de esa pretendida «unión de las fuerzas democráticas» (sindicatos obreros y campesinos y todos los «amigos del pueblo») al analizar la situación del Úlster. Porque, para el Sinn Féin, si las nacionalizaciones y las barreras aduaneras son el medio milagroso para lograr la paz, la lucha militar en el Norte es el medio de ganar la guerra contra la pérfida Albión.

El fracaso de la campaña emprendida por el IRA en el Úlster, entre 1956 y 1962, demostró que el régimen de Stormont —que desde la partición favorece, en el empleo, la vivienda, la política y la justicia, a la mayoría protestante de dos tercios— ofrecía aún resistencia, pese al envejecimiento de la economía local. Al igual que sus homólogas de la región del Clyde y de Liverpool, la zona industrial de Belfast se hallaba en decadencia. Los astilleros y la industria del lino resistían cada vez peor la competencia de los países subdesarrollados o de otros, como Japón, que podían incorporar en sus productos una fracción *indispensable* de capital variable —de trabajo vivo— a un costo mucho menor. Esta competencia empujaba a desarrollar industrias modernas que exigen una proporción reducida de capital variable y, por tanto, una proporción mayor de capital constante, lo cual supone una acumulación de capital fijo (máquinas, instrumentos de trabajo,

¹⁸ «Así como el sexo es la base de la supervivencia de las especies, los impuestos son un instrumento para la supervivencia de las sociedades» (*United Irishman*, revista mensual del IRA oficial, agosto de 1971).

¹⁹ Los «provisionales», que al fin y al cabo no son más que la facción más ingenua del Sinn Féin, llegaron incluso a alardear, en *An Phoblacht* de septiembre de 1971, de la existencia de fabulosas riquezas: Irlanda albergaría las mayores reservas de zinc, plomo y plata de Europa, así como las baritas más rentables del mundo. «Como republicanos, es nuestro deber comprender bien la situación de las minas», concluyen...

edificios) y la presencia de la parte circulante del capital constante (materias primas, productos semielaborados, etc.). La acumulación de capital constante, permitida por la reproducción ampliada del capital, constituye la base de la reducción del tiempo de trabajo necesario y, por consiguiente, del aumento del tiempo de plusvalor. El aumento de la tasa de plusvalor permite una reproducción ampliada del capital, es decir, una acumulación superior de capital constante. La ausencia o escasez de este capital constante provocó una crisis orgánica endémica en la industria del Úlster: allí las tasas de plusvalor eran inferiores a la media social, lo que conducía a una reproducción ampliada menor, generando a su vez una acumulación más débil de capital constante, y así sucesivamente.

La región compartió la suerte del capitalismo británico: su grandeza y, desde 1960, su decadencia. La última guerra y el periodo de reconstrucción que la siguió permitieron a Gran Bretaña escapar de la gran crisis que se cernía sobre ella. Pero desde 1960 se vio obligada a abandonar la obsoleta «franja céltica» (Escocia e Irlanda) y concentrarse en torno a la cuenca de Londres, al *Stock Exchange*, símbolo de su poder financiero. La crisis orgánica afectó a una economía que, hasta el final de la guerra, se había sustentado ampliamente en el flujo de capitales de la Commonwealth y que, protegida contra toda competencia en el seno de ese bloque, apenas había buscado su valorización mediante el aumento de la productividad. Hoy, las viejas ramas de la producción están siendo abandonadas, y el cierre de los astilleros del Clyde encuentra su paralelo en las amenazas de cierre de Harland & Wolff, «el orgullo del Úlster», como dicen los dirigentes sindicales. El Estado del Úlster debía, pues, atraer capital privado —atemorizado por la escasez de capital constante circulante y los costes de su importación, así como por la debilidad de la acumulación de capital fijo— mediante ventajas y subvenciones comparables a las que ofrece la República. Este traslado artificial de capital resultó insuficiente, por lo que el propio Estado se vio obligado a invertir para sostener una tasa de expansión que apenas garantizaba el *mantenimiento* del empleo, siendo la tasa de desempleo el triple de la británica²⁰. El paro afectaba principalmente a los hombres adultos —en su mayoría católicos— concentrados en las regiones occidentales y periféricas (Derry, Armagh, Newry, Tyrone). Las inversiones industriales públicas, los *industrial estates*, habían permitido, desde 1945, crear empleos que compensaban las reducciones de producción y de plantilla en los astilleros y la industria del lino. Pero el programa no logró aumentar la población, que se mantenía en torno al millón y medio de personas: el excedente natural alimentaba un flujo constante de emigración hacia Gran Bretaña y Estados Unidos. Esta situación, estable desde la partición, sólo era posible gracias a la clara división entre las dos comunidades, especialmente dentro del proletariado. La política de vivienda delimitaba geográficamente ambas comunidades; la educación, aún confesional, perpetuaba la tutela católica por un lado y la presbiteriana o anglicana por el otro. La delimitación electoral reforzaba el poder de los protestantes, cuyos representantes siempre habían tenido un solo programa: mantenerse dentro de la unión. Basado en la propiedad privada inmobiliaria, el sistema electoral excluía a una parte de los católicos y convertía el problema de la vivienda en un asunto directamente político. Las reservas de

²⁰ Entre el 5 % y el 10 % entre 1960 y 1970; en marzo de 1972, el 9,2 % (cifras correspondientes al Úlster); a lo que habría que añadir la emigración (el 0,5 % de la población total tanto del norte como del sur durante la década de 1960).

policía, los *B-Specials*, reclutadas entre los protestantes, no eran más que fuerzas de represión anticatólicas. Otras leyes locales, como el internamiento administrativo ilimitado, garantizaban el mantenimiento del poder sobre la minoría católica.

Todas estas superestructuras de fuerza se habían establecido para hacer frente a eventuales levantamientos. Hoy ya no bastan para contener a al sector católico, parte de cuya población activa sirve de reserva de desempleados para la economía local. Ésta, debido a razones geoeconómicas y a la mediocridad de sus recursos naturales, sólo producía mercancías que contenían una gran proporción de capital variable. La creación de nuevos empleos no debía inducir a error: compartían con los de los astilleros y la industria del lino la característica de requerir una gran cantidad de trabajo vivo. Se trataba de industrias manufactureras de transformación, en las que la compresión del capital variable era indispensable para sostener la competencia: los salarios debían mantenerse bajos; de ahí la utilidad de una reserva de desempleados. El uso de mano de obra femenina no cualificada permitía reducir aún más los costes. Ante semejante tasa de desempleo, las dificultades de un gobierno clásico habrían sido enormes. Pero, en Irlanda del Norte, este problema se sorteaba gracias al hecho de que el paro afectaba principalmente a los católicos. El pleno empleo relativo de los protestantes ligaba a la mayoría obrera al Estado y perpetuaba la ideología orangista, como lo demuestra la realidad socioeconómica que da fe de esa solidaridad interclasista confesional. Harland & Wolff, la principal empresa del Úlster, empleaba sólo a un 4 % de católicos entre sus diez mil asalariados, aunque un tercio de la población de Belfast fuera católico.

Esta situación de crisis latente pesaba sobre los católicos y, por tanto, sobre la existencia misma del Úlster. El primer ministro O'Neill se propuso, a partir de 1963, transformar las estructuras sociopolíticas de la provincia para facilitar una modernización cuya urgencia se evidenciaba en la hemorragia financiera. Pero el comienzo de las reformas no podía sino poner de manifiesto, a la vez, su impotencia y su naturaleza segregacionista. Estos tímidos intentos alentaron a los católicos a reclamar y actualizar los cambios necesarios. Lejos de fortalecer a un gobierno clásico, debilitaron a un gobierno sectario. Estas veleidades, frustradas, no hicieron sino poner en evidencia el dominio de la alianza de las clases protestantes sobre un Estado creado para garantizar su supremacía. Fue la clase obrera protestante la que se mostró más virulenta: para ella, el problema era simple; la alianza sólo se mantenía mientras perdurara su situación privilegiada. Su intransigencia provocó la escisión del partido unionista en dos tendencias: una moderada, que representaba a la clase política, la administración y las capas medias, y otra dura, que responde a los deseos de la clase obrera. La ironía de la historia quiso que fuese precisamente la clase supuestamente revolucionaria la que se mostrara más encarnizadamente dispuesta a defender un Estado cuya estructura aparente había sido elaborada sólo para asentar su propia servidumbre. Pero la cuestión de la supresión de este régimen por la autoridad tutelar de Londres no tardó en plantearse.

En 1969, la radicalización del movimiento por los derechos civiles (*NICRA*) hizo aparecer nuevas tendencias entre el proletariado católico, que no tenían nada que ver con el nacionalismo o el catolicismo. El «hooliganismo» de los jóvenes desempleados del Bogside, o la ideologización del conflicto por parte de la *People's Democracy* —movimiento de origen estudiantil impregnado de las ideas de la «nueva izquierda» que había surgido en todo el mundo durante los años sesenta—, ilustran claramente las raíces de clase del conflicto. Más tarde,

hacia 1970, el movimiento sufrió el mismo destino que el del proletariado negro en los Estados Unidos: ante su aislamiento, tuvo que recurrir al nacionalismo, del mismo modo que el movimiento negro dio lugar a ideologías secesionistas como el *Black Power* o el retorno a la tierra ancestral africana.

La disposición geográfica de los guetos católicos, especialmente en Belfast, favoreció la intervención militar del IRA provisional, que logró implantarse debido a la amenaza permanente que pesaba sobre esos barrios. El IRA se reveló como un arma útil de autodefensa frente al terror constante que vivía la población católica. Pero, debido a sus atentados, es también —junto a las organizaciones paramilitares protestantes apoyadas por la Orden de Orange— causa de la guerra civil larvada²¹ y, por tanto, de ese mismo terror. Las formas de organización popular que suscitó esta fase nacionalista del conflicto —tribunales populares, dispensarios, asambleas públicas y «nacionales», cooperativas artesanales de producción, etc.—, que algunos quisieron ver como formas de organización proletaria, no son más que las consecuencias necesarias de la guerra civil. No son más proletarios que los «tribunales populares» establecidos en la Liberación, que se apresuraron a liquidar a los elementos revolucionarios y afeitaron en público las cabezas de las mujeres. Incapaz, debido a su debilidad militar, de ganar la guerra contra los protestantes y el ejército británico, el IRA se ve obligado a proponer soluciones constitucionales de compromiso. Ya sea que estén a favor de una solución federal con el establecimiento de cuatro parlamentos provinciales²² o como embriones de una solución centralizadora (una «república de trabajadores y pequeños campesinos») los dos grupos del IRA representan la peor solución para el proletariado irlandés: su alianza con clases retrógradas en torno a un programa económico populista. Esa solución no puede ser, en la práctica, más que el *fascismo*, concebido como una dictadura militar con encuadramiento obligatorio de los trabajadores en los sindicatos²³. Pero no existe en Irlanda ningún factor de unidad nacional —ni la Iglesia católica, ni la exaltación de la raza «gaélica», ni siquiera los intereses más inmediatos de los trabajadores del Norte y del Sur— en el que basar esa «revolución republicana». Algunos países, como Brasil o Grecia, por citar los ejemplos más recientes, pueden lograr cierto desarrollo bajo dictaduras militares, pero lo deben siempre a su interés estratégico, que atrae la ayuda financiera de las grandes potencias. Irlanda, en cambio, carece de todo interés estratégico, y la negativa de la joven República a adherirse a la OTAN en 1949 pasó completamente desapercibida.

La clase obrera irlandesa ya no tiene nada que esperar de una alianza con la pequeña burguesía nacionalista, porque esta última ya no tiene ninguna fuerza que promover en el marco del capitalismo. En este sentido, sus intereses residen en una alianza con Inglaterra, ya sea con el capitalismo y el Estado británico —únicos que pueden mantenerla en el desempleo o proporcionarle empleo en tiempos de paz social—, o con el proletariado británico, que empieza a mostrar,

²¹ Es de dominio público que el IRA *provisional* cuenta con el apoyo abierto de algunos disidentes del Fianna Fáil de Lynch: los Blaney (antiguo ministro de Agricultura), Boland y Haughey. Del mismo modo que Stormont no es más que el *Ulster Vanguard Movement*, el Dail podría haber encontrado su solución para el futuro en el IRA si el referéndum del 10 de mayo de 1972 no hubiera revelado que el IRA no era más que palabrería.

²² Esta federación implicaría el abandono de la frontera actual, con el retorno al «Úlster histórico» mediante la incorporación de tres comités a los seis que lo componen actualmente, lo que tendría como efecto equilibrar la representatividad de las dos comunidades.

²³ «La primera tarea consiste en exigir el derecho a afiliarse a sus sindicatos, luego “gaelizarlos” y socializarlos», aconsejan los “provisionales” a los trabajadores católicos del Úlster.

desde hace algunos años, a través de las luchas en el Clyde y las minas de carbón, que se preparan combates intensos en el frente de clase.

Todos los que ven el imperialismo en acción en la Irlanda de hoy, y recurren a su correlato obligado, el antiimperialismo, sirven directamente al Estado británico y, al mismo tiempo, a su falso enemigo: el nacionalismo irlandés. No es el Estado británico quien da la razón a los nacionalistas; él mismo gastaba, en 1967, diez millones de libras en seguridad social para el Úlster, y otros dos millones en apoyo a la agricultura; Harland & Wolff ya le había costado dieciocho millones, y además se veía obligado a subvencionar parcialmente los precios de la carne de vacuno importada de la República. Se comprende mejor que Wilson se permitiera discutir abiertamente con los dirigentes del IRA, y que, por el contrario, los protestantes —patronos y obreros— reaccionaran con violencia ante cualquier amenaza de «abandono» por parte de Londres. Numerosos elementos socialistas, en particular los de la *People's Democracy*, fueron llevados, debido a su predisposición antiimperialista y a la regresión sectaria del movimiento, a deslizarse entre 1969 y 1971 hacia posiciones nacionalistas. Así, se vieron arrastrados, entre otras cosas, a remolque de los republicanos en su encarnizada campaña contra la entrada en el Mercado Común, defendiendo así a los campesinos frente al capital y apoyando cada vez más activamente el lema de una «república de trabajadores y pequeños campesinos». Sus concepciones leninistas los condujeron a una visión evolutiva y mecanicista de la historia de Irlanda. Michael Farrell, de la *People's Democracy*, y la *Irish Communist Organization*, de orientación marxista-leninista, llegaron a pensar que, dado que Irlanda había sido en otro tiempo una colonia, y que entre 1921 y 1923 hubo una «revolución nacional» sin que la nación lograra romper con el antiguo colonizador, el Éire no era más que una neocolonia. A partir de esta concepción viciada, Farrell dedujo que la clase obrera debía realizar por sí misma la revolución antiimperialista. Por eso no tardó en arrastrar a su movimiento a una alianza con el IRA²⁴....

Objetivamente, el capital —en este caso británico e internacional— huye de una región donde las industrias manufactureras sólo producen tasas de plusvalor reducidas debido a unos salarios relativamente altos y ofrecen tasas de ganancia inferiores a las de Gran Bretaña y el continente europeo. Sólo ciertos artificios jurídicos y fiscales logran atraer a una pequeña parte de él. Aunque una fracción de ese capital permanece en el Úlster, la crisis del empleo se agrava, agitando a la comunidad católica y amenazando la seguridad de la comunidad protestante. Los artificios ya no bastan para atraer capitales a las industrias manufactureras: tienen sus límites, mientras que el aumento del precio de la fuerza de trabajo sólo encuentra los suyos en el mercado laboral británico. El capital huye del Úlster como su excedente —desde siempre— huye de Inglaterra y de Estados Unidos (véanse los capitales flotantes de dólares en Europa). Sin embargo, en Irlanda del Norte, esta evasión pone en peligro la existencia misma del país. El Estado

²⁴ No obstante, no se puede concluir que todos los militantes del movimiento socialista irlandés hayan degenerado hacia estas posiciones reaccionarias. E. O'Kane, por ejemplo, escribía en *Northern Star*, en febrero-marzo de 1971: «... las burguesías han cumplido su tarea histórica progresista, han logrado el nacionalismo y ahora se erigen como una fuerza reaccionaria que se interpone en el camino de la clase obrera irlandesa, que no deja de crecer. Por tanto, no puede haber ninguna alianza con elementos de la burguesía en una lucha antiimperialista. Han firmado su contrato con el imperialismo y lo defenderán contra el proletariado irlandés. Si hay una fracción de la burguesía que es "progresista", es en el Úlster, donde los unionistas moderados se han comprometido con la liberalización y la democratización de un Estado policial, pero, aunque contemplan las posibles consecuencias de su eventual éxito, se trata de una lucha que deben librar a regañadientes.»

británico paga millones de libras en subsidios de desempleo a los católicos, y concede préstamos y subvenciones a las empresas que emplean protestantes. Cada vez menos social, el capital se autonomiza más y más, expulsando al hombre del proceso de producción; por ello, para luchar contra los efectos producidos por su propio ser objetivo, para aplazar la inevitabilidad de una revolución, es el Estado el que debe volverse cada vez más social: mantener un nutrido ejército de desempleados, financiar los déficits de las empresas, incluso nacionalizarlas (el Estado posee el 47,6 % del capital de Harland & Wolff desde julio de 1971) para absorber sus pérdidas crecientes, y todo ello con el único fin de asegurar el empleo. Si Harland & Wolff no hubiera estado tan comprometida en un programa de modernización (concentración y acumulación de capital fijo para competir con los japoneses) y, sobre todo, si los astilleros no hubieran estado implantados en Belfast, habrían sido liquidados, como los del Clyde. Pero aquí el problema es directamente político: abandonar Harland & Wolff supone abandonar el Úlster²⁵, lo que equivale a aceptar la amenaza de la dictadura del proletariado (en el sentido negativo del concepto, como apropiación de los medios de producción *dentro* de las relaciones de producción capitalistas). Si el Estado británico malvendiera Harland & Wolff, ¿por qué los obreros no harían lo mismo que los del Clyde? ¿Por qué no tomarían en sus manos la gestión de la empresa? ¿Por qué no harían una deducción en sus salarios para reducir la deuda (casi pública) y hacer competitiva su compañía? Si así fuera, estaríamos ante la fase final del capital, la garantía de su perennidad. La clase obrera practicaría la autogestión y procedería a su propia servidumbre. La indócil fuerza de trabajo se autodisciplinaría, se autolimitaría al menos. En esta hipótesis, a la vez grotesca y trágica, se ilustra todo el drama del proletariado. No se propone —y en el Úlster menos aún que en otras partes— como objetivo de la revolución su propia supresión simultánea a la del capital. Es cierto que la revolución no está aún en el orden del día: sólo asistimos al relajamiento de la contrarrevolución. La partición de 1922 fue la contrarrevolución consumada: el futuro separado de las dos «naciones» se encargó de confirmárselo al proletariado, que había confundido, en aquella ocasión, las prioridades de la lucha revolucionaria. Sabemos que el capital revoluciona sin cesar sus propias condiciones; pues bien, en el Úlster ha emprendido la tarea de liquidar su propia contrarrevolución en función de sus intereses planetarios objetivos. La crisis actual es el resultado de esta contrarrevolución socavada por el capital. Todas las clases presentes —la confirmación del abismo entre las comunidades lo demuestra— se distribuyen según esta estrategia; ninguna la contradice, porque ninguna la sospecha. A este respecto, la situación ha empeorado desde 1969. Aspirando conscientemente al trabajo, es decir, a la ciudadanía capitalista, el proletariado católico desbarataba en parte esa estrategia inconsciente de sí misma al obligar al capital a iniciar su «modernización» —en este caso su fuga—, lo que podría haber tenido, en esa región, efectos revolucionarios. Pero el desarrollo histórico de la crisis lo empujó hacia posiciones nacionalistas. La intervención británica no ha hecho más que agravar la situación, manteniendo el statu quo y aumentando las posibilidades de una guerra civil abierta, lo que podría constituir una solución —la peor, pero no para el capital— de la cuestión norirlandesa.

²⁵ Esta empresa es el bastión de la Asociación de Trabajadores Lealistas, y William Hull, su líder, es representante del personal allí. Es incluso más extremista que William Craig, líder del Movimiento de Vanguardia del Úlster. Su organización sirve de base y estímulo para este último.

La ausencia de una clase portadora del programa de la revolución, incluso limitado, es, en efecto, el factor decisivo. Nada tiene de sorprendente esa ausencia: es fruto de la potencia de la contrarrevolución, que supo perpetuar hábilmente la división del proletariado, posibilitada únicamente por el mantenimiento simultáneo del Úlster y de la República. En tales ocasiones se puede medir la fuerza de la ideología orangista, nacionalista, unionista, republicana, etc.; su diversidad, concentrada en un solo lugar, multiplica por diez su eficacia. La coordinación del capital es notable: siempre está asegurada cuando el proletariado no interviene. La contrarrevolución de 1913-14-1916 — institucionalizada en 1922— sigue siendo eficaz y operativa cincuenta años después: en el momento en que el proletariado «corría el riesgo» de ser atraído al terreno revolucionario, cumplió su función y sigue cumpliéndola. Permitió, permite y permitirá que la revolución negativa que el capital lleva a cabo actualmente no transgreda el marco capitalista y no sea el prelude de una revolución, ni siquiera de la reconstitución de un proletariado revolucionario.

A falta de tal eventualidad inmediata, es evidente que el arreglo se producirá por la vía constitucional y «pacífica». El conflicto actual no tiene carácter revolucionario para el proletariado católico. Sin embargo, éste participa en él cada vez más: tal es la potencia de la contrarrevolución, que lo arrastra a una lucha nacional cuando la fase progresista del nacionalismo terminó hace ya un siglo. Arrastrado a ese terreno, accede a los deseos del capital: la reunificación de un país al que la independencia y la unidad siempre le fueron negadas, precisamente para mantenerlo en un subdesarrollo beneficioso para la metrópoli británica. Como en 1916, la fracción radical del proletariado se sitúa en posiciones nacionalistas favorables a la República. Una vez más, su lucha violenta realiza el trabajo del Estado del Sur. En 1916, se sacrificó para que los despojos de clases arcaicas constituyeran ese Estado. Su posición de entonces fue funesta y favoreció la contrarrevolución; ocurre, como mínimo, lo mismo hoy. El proletariado católico no puede sino confirmar su lugar dentro de un capitalismo que se reserva así la posibilidad de regenerarse mediante el «abandono» de toda Irlanda. Niega una vez más su verdadero ser de clase, cuando las posibilidades de instaurar una sociedad comunista se han multiplicado más de diez veces desde la Primera Guerra Mundial. Ante esa grandiosa eventualidad, el destino del capital variable no ofrece motivo alguno para el entusiasmo.

Se ha dicho y repetido en todos los periódicos que la solución del «problema» irlandés está en manos de los liberales católicos y protestantes, y de los británicos. La solución será constitucional y tendrá que atacar todo el edificio político del Úlster. Pondría fin a ese régimen racista y fascista, heredero de otra época, que es el sistema unionista. Los principales avances que podrían derivarse de tales reformas serían la abolición de la división racial del proletariado y la creación de las condiciones, no de un progreso social, sino de una igualdad del proletariado ante la miseria, y de su unificación a escala de toda Irlanda. Sea cual fuere su forma, estas reformas asestarían de todas maneras un golpe mortal a ese producto de la contrarrevolución que es la frontera, a ese otro que es la República, y a ese más otro todavía que es Stormont. En resumen, es una nación que nunca pudo acceder a la existencia desde el punto de vista capitalista la que se dispone, no a constituirse —no se reinicia la propia historia— sino a desaparecer. En su lugar nace una clase que ya no habla ni irlandés ni escocés, pero que se volverá

hacia Inglaterra y hacia el Mercado Común, allí donde se reproduce y circula su verdadero enemigo: el capital internacional. Para el proletariado, la mejor solución constitucional seguiría siendo la supresión simultánea de los tres: Stormont, la frontera y la República, y su reemplazamiento por una federación con Inglaterra. Esa era ya la solución preconizada por Marx y el «partido irlandés» en el seno de la AIT en 1870. Después de un largo rodeo por la prehistoria, volvemos a toparnos con esta solución, ya no como el único producto necesario del «movimiento de las clases inferiores» que animaba entonces a Irlanda, sino como el único marco verdaderamente adecuado a la realidad económica y social actual del país. El Estado del Sur y lo que queda del Estado del Norte no son ya más que superestructuras inadaptadas a las fuerzas sociales que están encargadas de contener.

Ahora bien, el machihembrado de los dos Estados que se prepara no buscará sino perpetuar su fuerza represiva y su notable capacidad de dividir a la clase obrera, al tiempo que les quita la responsabilidad de la gestión de la economía y del desempleo, que ya no pueden asumir mediante sus propias fuerzas. Se trata de mantener ese miserable marco estatal pese a que la Historia lo haya negado centenares de veces. En este sentido, la solución que preconiza el ala dura del IRA, consistente en devolver la vida a esa pequeña nación bajo una forma federativa y volviendo a trazar la frontera, se revela como la solución conservadora por excelencia. ¿Será cierto que «los irlandeses han inventado la máquina del tiempo», como proclama un cartel publicitario de la compañía aérea irlandesa *Aer Lingus*?

Pero más allá de las querellas jurídicas, la fuerza irresistible que amenaza con trastornar la cuestión irlandesa se llama Mercado Común. La entrada simultánea del Reino Unido y de la República pondrán al Úlster y al Sur en pie de igualdad en 1973. Tras un período de transición durante el cual los dos Estados locales intentarán resolver los insuperables problemas de mano de obra y de capitales, el Mercado Común reclamará la reunificación según las modalidades definidas por el plan Wilson. Administrará a este país ayudas permanentes a través de un presupuesto destinado a las regiones que deben beneficiarse de un desarrollo especial. Pero no lo curará de la tara capitalista que padece.

Serge VAN DER STRAETEN,
Philippe DAUFOUY.

Les Temps Modernes publicará en un próximo número una aclaración sobre la lucha popular en Irlanda del Norte. Este artículo responderá a las «conclusiones» de J.-Y. Bériou, aparecidas en el número especial (junio de 1972), contrarias a las posiciones de la dirección de la revista, y también a las de otros colaboradores de ese número.

T.M.

BERIOU Jean-Yves
15 Cité Popincourt
75 — PARÍS XIº

París, 21/1/73

A la «dirección» de *Les Temps Modernes*

Pobres cagarros:

Habéis creído necesario señalar vuestro desacuerdo con mi artículo «*Arcaica y portadora del comunismo: la lucha de clases en el Úlster*», publicado en el número de junio de 1972 (nº 311), enteramente consagrado a Irlanda y elaborado bajo la responsabilidad de N. Delanoë, R. Kouchner y J.-P. Carasso.

Me parece que eso no debería dejar lugar a la duda para ningún lector avisado, pero os agradezco la precisión. Todo lo que ni decir tiene es mejor aún decirlo, y mi honorabilidad sólo podía verse comprometida por la idea de alguna colusión entre la «dirección» de *Les Temps Modernes* y yo.

Sin embargo, no os ocultaré que, si bien espero con ironía y paciencia vuestra «aclaración», no la espero sin curiosidad. ¿En nombre de qué «posiciones» de la «dirección» de *Les Temps Modernes* vais a criticarme? ¿Será en nombre del «resistencialismo» de los orígenes, o del estalinismo? ¿De los innumerables nacionalismos que habéis «apoyado»? ¿Os referiréis al castrismo o al guevarismo, al marxismo-leninismo o al anarco-trotskismo? ¿Seré «althusserolacanzado», condenado en nombre de la democracia popular por el juez Pascal? ¿Invocaréis a Mao o a Dubcek, a Gomulka o a Lin Piao, a Liu Shao Chi o a Ben Bella? ¿Y quién va a escribir una aclaración que comprometa a la «dirección» de *Les Temps Modernes*, QUIÉN? ¿Vuestro director? Pero ya ha intentado tantas posiciones para lograr su apareamiento con la historia, sin el menor éxito.

Confieso que mi perplejidad es grande, y que el análisis teórico no me permite prever gran cosa. Hace algunos años, ningún suspense habría acompañado la espera del juicio: habría sido condenado en nombre de la última moda intelectual (de izquierda). Pero desde mayo-junio del '68, tanto en el plano vestimentario como en el intelectual —como sin duda habréis notado— todas las modas coexisten, y las tentativas de los comerciantes por estabilizar un mercado peligrosamente fluctuante se ven regularmente frustradas por la caprichosa irresponsabilidad del público. Es el propio fenómeno de la moda el que está amenazado, así como su función tranquilizadora y estabilizadora. De ahí mi perplejidad, y sin duda la vuestra. ¿Qué caballo vais a montar que no reviente al instante?

Más grave aún... No se os habrá escapado que el hecho de haber juzgado necesario señalar vuestro desacuerdo con mi artículo (por lo demás explícitamente firmado bajo mi exclusiva responsabilidad, y que no constituye en

modo alguno una conclusión de un número que no la necesita) confiere un significado particular a vuestro silencio en otras circunstancias. Hasta la fecha, no habéis anunciado ninguna puesta al día respecto al número 310 bis, conocido generalmente como el «número especial Mao», que, más allá de las mentiras particulares que contiene, constituye en sí mismo una mentira en la medida en que, centrado en los acontecimientos de Renault en torno al asesinato de Pierre Overney, logra la proeza de no dar la palabra a un miembro del comité de lucha de Renault —obrero en la fábrica, frecuente portavoz del comité durante los acontecimientos, despedido por su acción—, y ni siquiera menciona el texto que ese camarada escribió sobre el tema (*Tentative de bilan du Comité de lutte Renault*, por Baruch Zorobadel, publicado por I.C.O., 13 bis rue Labois Rouillon, París 19º), porque sus conclusiones incomodan a los «jefecillos» maoístas, a los que no se les ocurre nada mejor que propagar por todas partes que su antiguo camarada era un policía.

Ese texto contiene, además, información suficientemente grave como para que se vuelva a hablar de él algún día.

En resumen, la «dirección» de *Les Temps Modernes* ha perdido una buena ocasión de pasar desapercibida.

Jean-Yves BÉRIOU.

París, 25/1/73

LES TEMPS MODERNES, dirección

Señores:

Así que la «dirección» de *Les Temps Modernes* no está de acuerdo con el artículo de Jean-Yves BÉRIOU.

¡Ya lo suponíamos, y nos importa bien poco!

Pero vuestra nota (nº 317, p. 1098), al anunciar una «ACLARACIÓN sobre la lucha popular en Irlanda del Norte» y al señalar vuestro desacuerdo sólo con el artículo de BÉRIOU, deja entrever la idea de que otros colaboradores podrían compartir las «posiciones» de la «dirección», y sugiere, como si fuera algo natural, una relativa comunidad entre los demás autores de artículos y *Les Temps Modernes*.

¿Cómo podéis suponer por un solo instante que alguno de nosotros habría aceptado firmar un artículo en *Les Temps Modernes* si eso hubiera significado el menor acuerdo con una institución tan indefinible?

¿Y cómo podéis invocar una «posición» de la «dirección», cuando, en realidad, habiéndolas tenido todas, no tenéis ninguna, y es precisamente la frecuencia y notoriedad de vuestras palinodias y virajes lo que ha hecho de *Les Temps Modernes* un soporte, a fin de cuentas, utilizable sin compromisos, desde hace algún tiempo?

La verdad es que *Les Temps Modernes* ya no dirige nada, y que publica cualquier cosa —incluso nuestros artículos— sin haberla leído, sobre la base de pequeñas presiones y amistades, en las que cada cual negocia sus parcelas de influencia, y a las que por una vez hemos recurrido.

La «dirección» de *Les Temps Modernes* busca, ofreciendo su tribuna a cualquiera, mantener una vida que le abandona y detectar a tiempo una moda que se le escapa.

Ese número de *Les Temps Modernes* fue, para algunos de nosotros, la ocasión de ganar algún dinero, y para otros, de viajar a Irlanda. Sobre todo, nos permitió publicar, a mejor precio que con nuestros impresores habituales, los textos que considerábamos de interés. Bastaba luego con hacer saber, por los canales que nos son propios, que —como ya ha ocurrido varias veces— había perlas ocultas en el estiércol.

En cualquier caso, y cualesquiera que sean nuestras motivaciones respectivas, hemos cumplido con nuestros compromisos contribuyendo, bajo nuestra exclusiva responsabilidad, a un número que presentaba el conjunto de la situación irlandesa y de las fuerzas en presencia.

No se trataba —y no habríamos aceptado en ningún caso— que alguna «dirección» pretendiera aportar «una ACLARACIÓN (?) sobre la lucha popular en Irlanda del Norte».

Esperamos con curiosidad que comuniquéis los nombres de los colaboradores de ese número que os han hecho saber su oposición a las supuestas «conclusiones» de Jean-Yves BÉRIOU, y que han remitido a la «dirección» de *Les Temps Modernes* la tarea de hacerlo público. ¿O se trata, acaso, de un uso literal de la verdad para trasladar la mentira? En efecto, hay cierto jesuitismo en revelar (?) que algunos colaboradores de ese número están en desacuerdo con las tesis de BÉRIOU, puesto que precisamente ese número se esfuerza en presentar tesis opuestas —entre otras las de nuestro amigo J. Quigley—, y luego finge considerar el texto de BÉRIOU como una «conclusión», insinuando alguna oscura manipulación o conflicto entre los colaboradores, lo cual fundamentaría la necesidad de una «aclaración» de la dirección.

A este respecto, queremos afirmar que todos los colaboradores conocían el espíritu general del número y el contenido de los distintos artículos, y estaban de acuerdo en que se expresaran en él las posiciones divergentes que efectivamente se expresaron, para dar cuenta de la extrema complejidad de la situación irlandesa. Nada podría mostrar mejor esa trágica complejidad —o incluso el callejón sin salida de esta situación— que el hecho, en otras circunstancias inaceptable, de que la mayoría de nosotros, si no todos, podamos sentirnos humanamente próximos a J. Quigley y a su lucha, y sin embargo críticos respecto a su resultado.

En todo caso, en la medida en que la imprecisión de vuestra nota deja planear la sospecha sobre todos los colaboradores de ese número, los firmantes, sin prejuzgar la actitud de quienes no han podido ser contactados, desean hacer saber, mediante la presente —cuya publicación exigen en el próximo número de *Les Temps Modernes* y en aquel que contenga la «aclaración» de la dirección—, que en ningún momento han hecho saber a ninguna «dirección» de *Les Temps Modernes* su opinión sobre las tesis de BÉRIOU, y que, en la medida en que una «dirección» finja tener una posición, no colaborarán en ningún caso con esa revista en el futuro, ni mantendrán relación alguna con cualquiera que participe en ella.

N. DELANOE

P. BRENNAN

J.F. LEVY

Y. HARDY

CHR. MARTINEZU

F. DROSSO

J.-P. CARASSO

P. DAUFOUY

J. MACKEN

S. VAN DER STRAETEN

M. NOEL-PROUST